

tado, no se han borrado aún de vuestros corazones estos pensamientos fieles? ¿que aun os reprendeis todos los dias vuestra tibieza y vuestra infidelidad á los dones recibidos? ¿que conoceis que aun falta algo á lo que Dios pide de vosotros? ¿que no obstante el público error que alaba vuestra piedad, conoceis todavía que en la presencia de Dios estais muy distantes del estado á que os llama la gracia, y que las alabanzas de los hombres que suponen en vosotros virtudes que no teneis, serán motivo de hacer mas severa vuestra condenacion? ¿no es verdad que toda vuestra vida, por mas inocente que parezca á la vista de los hombres, no es mas que una continuacion de remordimientos, que no experimentais aquella paz inocente que es el mas suave fruto de la gracia, y que aunque os absteneis del pecado, con todo eso os hallais privados de todos los consuelos de la virtud?

La vocacion, pues, del cielo está escrita, por decirlo así, en las inquietudes de vuestra alma. Si esta vida que aun seguís, natural y mundana, fuera la situacion ó estado en que Dios os quiere; si la gracia no os llamara á una abnegacion del mundo mas absoluta, á una mas severa vigilancia sobre vuestros sentidos, estaríais tranquilos en vuestro estado, solo experimentaríais aquellos deseos de un estado mas perfecto, inseparables de la injusticia cristiana; pero no padeceríais las inquietudes de un corazon agitado, descontento, acobardado, que se esfuerza continuamente para levantarse sobre sí mismo y que inmediatamente le abate su flaqueza; gustaríais las delicias que se experimentan en ser de Dios y en servirle: el estar vuestra virtud triste é inquieta consiste en que es tibia é infiel; acaso otro que hubiera sido llamado á menor grado de gracia y de justicia, se preservara de caer en este estado de imperfeccion;

sus inclinaciones menos vivas, su génio mas moderado y su corazon menos fácil de moverse, no hallaria entre los mismos peligros en que vosotros vivís, los mismos precipicios; pero vosotros cuyas inclinaciones mas frágiles, cuya alma mas fácil en recibir las impresiones solo puede estar segura lejos de los peligros, y defendida con todas las precauciones de la fe, sentireis que insensiblemente se debilita vuestra virtud, que se disminuye vuestro horror al vicio, que cada dia se aumenta vuestra flaqueza, que cada objeto debilita vuestro corazon con nuevas impresiones, que cada victoria de las que conseguís disminuye vuestras fuerzas, y caereis tanto mas peligrosamente, cuantas mas habian sido las caidas invisibles que habian precedido en vuestro corazon, antes que un conocido abandono de Dios os manifestase á vosotros mismos vuestra caída. Es imposible el perseverar fiel por mucho tiempo no estando en el estado que Dios nos pide.

Finalmente, fundo esta verdad en vuestras pasadas costumbres. ¿Quereis saber cuáles deben ser los límites de vuestra virtud? Pues acordaos de cuál fué la medida de vuestros vicios, esta regla es indefectible: haced en la piedad los mismos progresos que hicísteis en los desórdenes, dad á Dios otro tanto como dísteis al mundo, aquel desasosiego, aquella embriaguez, aquel olvido de vuestros intereses y de vuestra gloria; aquellas sutilezas en vuestros empeños profanos, aquel corazon ocupado siempre en sus pasiones y que se tenia por feliz en sus penas: esto es lo fuísteis para el mundo, pues sed lo mismo para Jesucristo; ofreced á vuestro corazon objetos mas santos, dejad para un Dios que es el solo digno de ser amado, la misma ansia, la misma constancia, la misma sutileza que teníais para las vanas criaturas: en vuestras deplorables pasiones

hacíais gala de parecer héroes, de ser mas sinceros, mas generosos, mas fieles y mas grandes que los demás hombres. Servid á Jesucristo con la misma nobleza, sin temor, sin respetos, sin division, sin bajeza; llevad la misma grandeza de alma al pié de sus altares, no os contenteis con una virtud débil y comun, ni degradeis vuestro corazon cuando le entregais á Jesucristo, cuya gracia le eleva y ennoblece cuando está tímido y abatido.

Sí, católicos, las pasiones en las personas de cierta clase siempre son vivas, sobresalientes y extremadas, y la penitencia flaca, débil y tímida; vuelven en sí de los pasados desórdenes, arreglan sus costumbres, se reconcilian con las cosas santas, pero no reparan los excesos pasados; suelen amparar á los justos, honrarlos con su familiaridad, alentar su celo, proteger las empresas útiles á la piedad, pero sin conocer las lágrimas, los rigores, los santos desprecios de las cosas del mundo, ni los sacrificios de la penitencia, tienen las públicas virtudes en que nada padece el amor propio, pero no las personales, que son las que solamente forman al hombre interior y obran la verdadera mudanza del corazon: esta suele ser la penitencia, particularmente de los grandes; hácese mas favorecedores de la piedad, pero no son por eso mas rigurosos consigo mismos; hácese mas religiosos pero no mas penitentes. La primera cosa que Dios pide á un pecador, por mas distinguido que sea en el mundo, es sus suspiros, sus lágrimas y sus trabajos. No se contentó David con llevar en triunfo á Jerusalem el Arca santa, con haber juntado á costa de grandes gastos los materiales para un magnífico templo, con honrar la santidad de Nathan y del pontífice Abiathar, sino que lloró su pecado cubierto de ceniza y de cilicio, interrumpió mil veces su sueño para bañar su cama con sus lágrima-

mas y confesar en la presencia del Señor la ingratitud y enormidad de su delito; pasó lo restante de sus dias lleno de pensamientos de compuncion y amargura, no pudiendo persuadirse á que lo elevado de su dignidad le dispensaba en las reglas esenciales de la penitencia; es necesario padecer para satisfacer delante de Dios por vuestros pecaminosos deleites, y mientras que vuestras pasiones no estén castigadas, no pueden estar mas que medio extinguidas.

Estas son reglas de fe y de equidad, vosotros podeis juzgar acerca de ellas. No basta haber salido de Sodoma y de los caminos de la iniquidad; es necesario seguir á la gracia hasta donde ella quiera conducirnos. Salió Loth de aquella ciudad reprobada que Dios entregó á las llamas de su venganza; pero esto no fué mas que el principio de su salud: quiso el ángel llevarle hasta lo alto de la montaña; no se atreve á seguirle, se asusta con la dificultad del camino y pide que se le permita detenerse á un lado, en una ciudad situada en la cuesta: *Quia nec possum in monte salvari. . . . est Civitas juxta.*¹ Con este medio creia haberse puesto en seguridad, haberse libertado del peligro de Sodoma y de la fatiga de la montaña. Pero las mitigaciones en materia de obligacion siempre son peligrosas; abandónale Dios, se emborracha y da motivo al mas abominable de todos los pecados; la virtud que busca el descanso está muy cerca de la virtud que se aparta del camino, y cuando no hacemos mas que medio huir del vicio, estamos muy expuestos á volverle á encontrar; y esta es la primera infidelidad que inutiliza la gracia de la conversion.

La segunda consiste en seguir los caminos que nos dicta nuestra vanidad ó nuestro capricho, y no aquellos por don-

¹ Genes. 19, v. 19. 20.

de quiere conducirnos la gracia; pero María evita este escollo con una correspondencia de estado: elevada al grado mas sublime de la gracia, y con derecho de aspirar á los mas extraordinarios caminos, no sale del simple y natural de su estado; toda su piedad se halla limitada á criar á su Hijo con un religioso cuidado en su retiro de Nazareth, en tributar á José el respeto y obediencia que le era debido por razon del sagrado vínculo con que á él estaba unida; en ir todos los años á Jerusalem para celebrar allí la Pascua con su pueblo; en sujetarse á las comunes observancias de la ley: siempre persevera fiel en seguir la gracia en todos los acontecimientos de su vida; nunca se persuade á que un estado diferente seria mas favorable á la piedad; en las circunstancias en que Dios la pone, nunca busca razones para justificar lo que Dios condena, y el camino por donde la conduce la gracia la parece siempre el mas propio para su eterna salud. En esto suelen engañarse las mas santas intenciones, y aun la misma piedad suele ser nuestra mas peligrosa ilusion; apenas se encuentra quien quiera ir á Dios por el camino que le señala su gracia.

Algunos hay á quienes les parecen ligeras todas las cruces, menos las que les envia la divina Providencia; la pérdida de sus bienes y de su fortuna les parece tolerable, pero no pueden sufrir la mala fe de un enemigo que los deshonra y calumnia, y les parecen muy injustos estos sentimientos; en cualquiera otro estado en que Dios nos colocase nos parece que le seriamos fieles; pero en este que es el único camino por donde la gracia queria guiarnos, nos quejamos de su providencia y faltamos á sus órdenes.

En medio del mundo y de la corte adonde nos llama nuestro estado, nos decimos á nosotros mismos que seriamos mas fieles en el retiro y lejos de los peligros; en el re-

tiro en donde algunas veces nos detiene nuestra obligacion, nos persuadimos que la piedad sola y entregada á sí misma, se relaja y desfallece, y que el trato de los justos y los públicos socorros de la virtud la alientan y confortan; entre los cuidados públicos, una condicion particular parece mas proporcionada á la salvacion: si nos hallamos en este estado, pretextamos la inutilidad, y creemos que una vida desocupada casi no puede ser inocente: los que están ligados con el santo vínculo del matrimonio se quejan de que las antipatías, casi siempre inseparables de una mútua sujecion, son un obstáculo invencible para salvarse; los que se hallan en un estado libre se figuran que si estuvieran ligados tendrian su corazon tranquilo y serviria esto de freno á sus locas pasiones; cada uno apetece las obligaciones esenciales del estado en que no se halla, y nadie es fiel á la gracia de su propio estado. ¿Señor, decian los israelitas en el desierto, nos habeis acaso traído á estos lugares áridos para que nos sirvan de sepulcro? Dadnos enemigos con quienes pelear y de quienes podamos defendernos, y no peñascos ardiendo, hambre y sed que nos consumen:¹ *¿Cur eduxisti nos in desertum istud ut occideres omnem multitudinem fame?* ¿Señor, decian los mismos despues que salieron del desierto y llegaron á los paises de Canaá, para qué nos sacásteis del desierto? Allí solamente teniamos que defendernos de las incomodidades de un largo viaje; aquí vamos á ser presa de estos pueblos valerosos é innumerables que nos rodean, y nos traeis á una tierra habitada de gigantes y monstruos que tragan á sus habitantes: *Terra devorat habitatores suos.*²

1 Exod. 16. v. 3.

2 Núm. 13. v. 33.

En el desierto, donde no necesitaban mas que de paciencia, les parecian fáciles el valor y la fuerza de los combates; en Palestina, en donde debian combatir, les parecia mas fácil sufrir las incomodidades del desierto. De este modo, ¡oh Dios mio! con una continua ilusion huimos siempre de nosotros mismos, é infieles al estado en que nos habeis puesto, sustituimos á las presentes obligaciones, que serian penosas á la naturaleza, unos sacrificios quiméricos, que divierten la fantasía y nada cuestan al corazon.

Finalmente, á esta correspondencia de estado añade María una correspondencia de perseverancia. Hasta el fin ofrece á todos los rigores que Dios envió sobre ella una fe siempre mas viva y mas constante; si Jesucristo, siendo aún niño, para probar, al parecer, su tierno amor se pierde de su vista y se oculta en el templo, lejos de enfadarse, corre como la Esposa en busca de su Esposo que ha perdido, y no cesan sus cuidados hasta que halla á su amado. En las bodas de Canaá, la respuesta de Jesucristo, tan áspera al parecer, no desalienta su fe, y en el mismo tiempo en que parece manifestarla el Señor tanto despego, espera todo cuanto de él puede esperar, y su fidelidad, fundada sobre reglas sólidas, no depende de los diversos modos de proceder de Jesucristo para con María.

Por lo comun en los principios de la piedad nos mantenemos por un cierto gusto sensible, que casi siempre acompaña á los primeros pasos de una nueva vida, un gusto que las mas veces tanto es obra de la naturaleza como de la gracia, y que regularmente proviene mas de la flaqueza y timidez de un corazon tierno, que de una plenitud de amor y de compuncion, y así, llegando á faltar este gusto y no teniendo apoyo sensible el corazon, desmaya, se entibia y pierde el ánimo: mira atrás, está cerca de recaer y por fin

recae. Esta es la suerte de las mas de las almas; su piedad es una piedad sensible y gustosa, es un cierto atractivo inseparable de la novedad, y que tiene siempre mas imperio sobre las almas ligeras é inconstantes; no es una real y profunda persuasion de las verdades santas, un temor verdadero del juicio de Dios, un santo aborrecimiento de sí mismas, un desprecio heróico del mundo y de sus deleites, ni una mutacion universal del corazon; y de aquí provienen las tristes escenas que afligen á la Iglesia, que deshonoran la virtud, y que vemos todos los dias suceder; de aquí proviene el burlarse el mundo de tantas almas que despues de haberle abandonado con ruido, vuelven luego á sus placeres.

Cuando nos volvemos á Dios, católicos, es necesario esperar disgustos y amarguras; mirar estas como parte de la penitencia que nos impone el Señor, fundar la fidelidad, no sobre el gusto que pasa, sino sobre reglas santas, sobre máximas de fe, sobre la verdad que siempre es permanente; convencerse con la luz que Dios nos inspira, de que el mundo es un sueño, que el pecado es la única desgracia del hombre, que la inocencia es la verdadera felicidad aun en la tierra, que los males y bienes presentes no son verdaderos bienes ni males, y que nuestros títulos, nuestras dignidades, en una palabra, todo cuanto somos á la vista de los hombres, perecerá con los hombres, y solo seremos eternamente lo que seamos en la presencia de Dios. El gusto pasa, pero la verdad permanece eternamente. Y además de esto, decidme: el mundo á quien renunciásteis, ¿no tenia tambien sus amarguras? ¿no habia tambien entre sus placeres muchos ratos de molestia y de tristeza? ¿Los caminos de las pasiones de que salísteis estaban por ventura siempre sembrados de flores? ¿Es posible que habiendo amado

tanto tiempo á un mundo pérfido, injusto y molesto, os há-yais de cansar de la virtud y de la inocencia al primer instante de disgusto? ¡Oh alma fiel! ¿son acaso mas insufribles los disgustos de la virtud que los del pecado? Estos dejan en el corazon una raiz terrible y funesta, que hace que no podamos sufrirnos á nosotros mismos, derraman un torrente de amarguras en lo interior de nuestra conciencia, no dejan al pecador ningun recurso dentro de sí, y entregándole á sí mismo, le entregan á todas sus desgracias.

Por el contrario, los disgustos de la virtud no son mas que unas inquietudes superficiales, que siempre dejan en el fondo de la conciencia una paz y una tranquilidad secreta; son nubes pasajeras que ocultan por un instante al alma su Señor y su Dios, pero que no apagan en ella las luces de la fe, que alumbra aun en este lugar oscuro y que en secreto la consuela en sus penas.

En la Escritura santa podeis ver la diferencia. Saúl cansado de sí mismo y de sus delitos, es un infeliz que no puede sufrir el peso de su conciencia; vuélvese á todas partes, y no halla cosa alguna que pueda calmar los furoros de su alma; el arpa de un pastor divierte su tristeza, pero no la cura; los encantos de una Pythonisa engañan su vista, pero no pueden engañar su corazon: los espectáculos del reino mitigan su enfado, pero no pueden librarle de sus crueles pesares; busca modo de engañarse y no le halla; huye de sí mismo y se encuentra en todas partes; siempre lleva consigo sus inquietudes y disgustos, y lejos de suavizar con los placeres que le cercan la amargura de su alma, derrama esta amargura sobre todos los placeres que pudieran consolarle. Estas son las inquietudes del pecado.

Al contrario David, padeciendo las amarguras á que Dios suele entregar algunas veces las almas justas; cuándo

¡oh Dios mio! dice, derramareis sobre mi alma aquellos inexplicables consuelos en que conoce un corazon que os ama, lo suave que sois y la gran felicidad que tiene en ser vuestro. *¿Quando consolaberis me?*¹ ¡Ah! si vuestra santa ley no me sustentara en este estado de tristeza y de trabajo, no podria defenderme de mí mismo, y mi flaqueza venceria la grandeza de vuestros beneficios, la verdad de vuestras promesas y la fidelidad que tantas veces os he prometido: *Nisi quod lex tua meditatio mea est, tuc forte periissem in humilitate mea.*² El uno abandonado de Dios y entregado á sí mismo, no halla alivio sino en los horrores de su propia conciencia; el otro afligido por Dios, pero teniéndole siempre oculto en lo íntimo de su corazon, lleva consigo el consuelo de todas sus penas. En una palabra, el pecador, perdiendo el gusto de sus placeres, lo pierde todo. El justo nada pierde en perder los consuelos sensibles de la virtud, porque no pierde la misma virtud. ¡Gran Dios! ¡qué fácil es el consolarnos mientras que os poseemos! ¡cuánto mas apreciables son las amarguras de la virtud que las falsas alegrías del pecado! ¡y qué bien se recompensan los rigores con que afligís á las almas fieles, con aquellos consuelos que el mundo ni conoce ni puede dar! Estas son las instrucciones que nos da María: felices nosotros si ofreciendo como ella una fiel correspondencia á la gracia, merecemos el consumarla en la gloria. Amen.

1 Psalm. 118. v. 182.

2 Psalm. 118 v. 92.